

CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

Madre de los hombres y de los pueblos,
Tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas,
Tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal,
entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo,
acoge nuestro grito que movidos por el Espíritu Santo
elevamos directamente a tu corazón:
abraza con amor de Madre y de Sierva del Señor
a este mundo humano nuestro que te confiamos y consagramos,
llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos,
de modo especial confiamos y consagramos a aquellos hombres y aquellas naciones,
que tienen necesidad particular de esta entrega y de esta consagración.

¡Nos acogemos a tu protección Santa Madre de Dios!
¡No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades!.

He aquí que, encontrándonos hoy ante ti,
Madre de Cristo,
ante tu Corazón inmaculado, deseamos, junto con toda la Iglesia,
unirnos a la consagración que, por amor nuestro,
tu Hijo hizo de sí mismo al Padre cuando dijo:
“Yo por ellos me santifico,
para que ellos sean santificados en la verdad” (Jn 17, 19).

Queremos unirnos a nuestro Redentor
en esta consagración por el mundo y por los hombres,
la cual, en su Corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón
y de procurar la reparación.

Bendita seas por encima de todas las criaturas,
Tú, Sierva del Señor que de la manera más plena obedeciste a la llamada divina.

Te saludamos a ti, que estás totalmente unida a la consagración redentora de tu Hijo.

Madre de la Iglesia:
ilumina al Pueblo de Dios en los caminos de la fe, de la esperanza y de la caridad.

¡Corazón Inmaculado!
Ayúdanos a vencer la amenaza del mal,
que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy
y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre la vida presente
y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro.

¡De los pecados contra la vida del hombre desde su primer instante, líbranos!

¡Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios, líbranos!

¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional o internacional, líbranos!

¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, líbranos!

¡De la tentativa de ofuscar en los corazones humanos
la verdad misma de Dios, líbranos!

¡Del extravío de la conciencia del bien y del mal, líbranos!

¡De los pecados contra el Espíritu Santo, líbranos!

Acoge, oh Madre de Cristo, este grito lleno de sufrimiento de todos los hombres.

Ayúdanos con el poder del Espíritu Santo a vencer todo pecado,
el pecado del hombre y el “pecado del mundo”,
el pecado en todas su manifestaciones.

Aparezca, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la
Redención: poder del Amor misericordioso.
Que éste detenga el mal.

Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la luz de la esperanza. Amén.